

EL GRAN CAMBIO

- Si no encontramos pronto comida, empezarán a morir los más débiles.
- Lo sé.

La tribu continúa avanzando por las frías planicies. Llevan varios días perdidos buscando los lugares por los que acostumbran a cazar y recolectar en esta época. El hombre sabio falleció durante lo más duro del invierno y el jefe se siente un poco perdido en su ausencia. Han sobrevivido a duras penas malcomiendo los escasos frutos secos que han encontrado en algunas madrigueras y la poca carne que les proporcionaban sus moradores. Pero necesitan encontrar pronto algo más.

Runa apenas tiene 10 años y camina con paso cansado junto a la mayor de la tribu. Arrastra sus pies mirando al horizonte con la mirada perdida cuando algo llama su atención. En lo alto de la colina que asciende ante sus ojos dos árboles parecen saludar a la pequeña comitiva. Ninguno más de sus miembros parece reparar en ellos, pero a Runa le resultan familiares.

- Alubi, ¿no hemos visto antes aquellos árboles?
- No creo. Estas tierras son nuevas para mí – responde la anciana sin prestarle mucha atención.

La pequeña no se da por satisfecha. Tira de las pieles que recubren el cuerpo de Alubi e insiste:

- Yo he visto antes esos árboles, Alubi.

La mujer detiene su paso, con desgana. Mira a la niña con desaprobación y después alza su vista hacia la colina. Cuando ve los árboles, su mirada no parece reconocer nada. Vuelve sus ojos hacia la niña y le reprende:

- Son árboles como muchos otros. Nunca hemos estado aquí.

Runa no se da por satisfecha:

- ¿Puede ser que los haya visto en sueños, Alubi?

Estas palabras producen un mayor efecto en la anciana. Desde la muerte del hombre sabio han recaído sobre sus hombros algunas de sus funciones por ser la mayor del grupo. Y la interpretación de los sueños siempre ha sido fundamental en las tradiciones de la tribu.

- ¿Cuándo has tenido ese sueño, Runa?
- No lo sé. Puede que hace mucho, porque mi sensación es que conozco esos árboles desde hace tiempo.
- ¿Estás segura de que eran esos?
- No, Alubi. Puede que solo se parezcan – contesta la niña, asustada ahora ante el interés de la anciana.

La conversación se ve interrumpida por las órdenes del jefe. Ha decidido que aquel es un buen sitio y un buen momento para descansar, y la tribu enseguida se dispone a preparar un fuego para cocinar los restos de comida que llevan y para encontrar un poco de calor.

Runa no lo duda. Aprovecha el ajetreo de los preparativos para evitar seguir contestando preguntas. No se siente cómoda porque en realidad no quiere seguir mintiendo. No ha

soñado con esos árboles. Está segura de haberlos visto antes y decide que tiene que comprobarlo. Enseguida encuentra una excusa para alejarse del grupo:

- Voy a buscar leña – le dice a sus padres cuando le preguntan.
- No te alejes demasiado. No conocemos estos parajes y no sabemos qué animales puedes encontrar, Runa – le contesta su madre, siempre protectora.

La niña no contesta. Piensa que su madre está equivocada, como lo está Alubi y como lo está el jefe. Pero no puede explicarles por qué lo sabe.

Fue el verano pasado. A finales del verano pasado. Lo recuerda perfectamente porque los árboles estaban cubiertos de un manto amarillo y anaranjado que es lo que llamó su atención. Por eso subió hasta lo alto de la colina aunque lo tenía prohibido. Una manada de lobos había estado rondando el campamento y los cazadores no estaban tranquilos. Pero Runa siempre fue valiente y curiosa a partes iguales y quería observar aquellos árboles tan diferentes desde más cerca.

Subió a la colina y estuvo allí un buen rato mirándolo todo. Los árboles, el suelo, las rocas, la enorme pradera que se extendía a sus pies... Todo. También unas espigas enormes que nunca antes había visto. Se entretuvo jugando con ellas, aplastando sus granos para encontrar en ellos un polvo blanquecino que le pareció muy suave. Luego, aún no sabe por qué, se entretuvo enterrando otros granos. Le pareció divertido pensar que estarían allí esperando por ella cuando volvieran el siguiente verano.

Y así era. Efectivamente, se trata de los mismos árboles. No parecen los mismos porque no tienen ninguna de sus preciosas hojas, pero lo son. Y también el paisaje que se observa desde allí. Runa entiende ahora por qué su gente no ha reconocido el lugar. Ha subido hasta los árboles por el otro lado de la colina, y sus laderas no pueden ser más distintas. Eso es lo primero que sorprende a la niña. Pero lo que de verdad le sorprende es encontrar muchas de aquellas enigmáticas plantas con las que estuvo jugando el verano pasado.

Intenta buscar las que enterró, pero en su lugar solo encuentra más de aquellas plantas. Muchas más. Runa no lo entiende, pero se da cuenta de que aquello es justo lo que están buscando. Que ahí puede haber comida para toda la tribu. Así que sale corriendo colina abajo mientras piensa cómo va a explicarles a sus padres el origen de su descubrimiento.

Cuando llega con los demás, su emoción no le deja explicarse con claridad, pero poco a poco el mensaje está claro: ha encontrado comida. El jefe y dos de los hombres se dirigen a lo alto de la colina. Mientras tanto, con más calma, Runa habla con Alubi.

- ¿Qué más viste en aquel sueño, Runa?
- No recuerdo nada más – miente la niña de nuevo.
- Tendrás que hacer un esfuerzo. Es muy importante para la tribu que uno de sus miembros tenga ese poder. En el futuro podrías ser tú la mujer sabia. Y esa es una gran responsabilidad. Quizá hayas sido elegida por los dioses.

Aquellas palabras abruman a la niña. Ella no quiere ser la mujer sabia, y mucho menos engañar a su gente. Y tampoco quiere seguir engañando a la anciana.

- Alubi, tengo que decirte algo.
- ¿Recuerdas algo más? – pregunta la mujer con interés.
- No es eso. En realidad... en realidad no he tenido ningún sueño.

- Entonces, ¿dónde habías visto antes esos árboles? ¿y por qué te han dirigido hacia la comida?

Runa le cuenta la historia. Cómo se escapó el verano anterior y cómo encontró aquellas plantas. Lo que hizo con sus granos y lo que ha encontrado en su lugar. Mientras habla coloca en la mano de la anciana uno de aquellos granos. Alubi no contesta durante unos instantes. Frunce el ceño, muy concentrada, mirando en su mano el grano que Runa le ha entregado.

- Tienes que contárselo al jefe. Creo que es importante.
- Alubi, tengo miedo. El jefe y mis padres se enfadarán porque les desobedecí
¿Realmente crees que cambiará algo saber de dónde han venido esas plantas?

Alubi mira a la niña con cariño. Acaricia su pelo revuelto y mira a los campos que se extienden ante ellas como si fuera la primera vez que los viera:

- Lo cambiará todo, pequeña. Lo cambiará todo.